

El verdadero derrotado de resultas del conflicto creado por aquella célebre sesión lo fué Mendizabal, para quien desapareció la envidiable perspectiva de haber sido el fundador de un orden de cosas á la vez conservador y liberal, que hubiese dotado al país de instituciones populares exentas de las exageraciones á que todavía repugnaba una parte muy crecida de la nación. En medio del disgusto que le produjo un desenlace que estuvo en su mano haber evitado, pensó Mendizabal en presentar su dimisión. Pero desistió de ello en presencia de la dificultad que la corona encontraría en formar un nuevo ministerio, al que no era posible fuesen llamados los moderados, sin correr el inminente riesgo de un nuevo alzamiento de las provincias, é influido por esta consideración de patriotismo no ajeno tampoco á estímulos de amor propio, creyó atenuar la responsabilidad que contraía acudiendo á la Reina en demanda del decreto de disolución, habiendo consultado sobre tan grave asunto al Consejo de gobierno nombrado por Fernando VII, rueda ya gastada y casi anulada de hecho desde la caída del gabinete Toreno.

No componían aquel cuerpo hombres de un temple que les estimulase á imitar el ejemplo de los senadores romanos que sentados en sus sillas curules esperaron impávidos la muerte de manos de los galos vencedores. No se hallaban dispuestos aquellos consejeros á arrostrar las iras de la propaganda progresista, ansiosa por arrollar á cuantos pudiesen poner obstáculos á su triunfo; y tanto el Consejo de gobierno como el de las órdenes, expresaron su opinión contraria á que se retirase Mendizabal y favorable á la disolución, cuyo decreto leído en el Estamento de procuradores el 27, fijaba para igual día del siguiente mes de febrero las elecciones que debían verificarse con arreglo al sistema del Estatuto, sistema que reducía el cuerpo electoral á la docena ó poco más de individuos que componían en cada distrito el municipio y á los que se agregaba igual número de mayores contribuyentes.

No podía ser más palpable la negación de principios en que incurria una situación que, pretendiendo ser liberal por excelencia, para reemplazar una mayoría estatutista daba la preferencia al elemento restringido de una elección casi oficial, único resultado á que podía conducir el sistema electoral de 1834, sustituido al amplio sufragio propuesto por los sostenedores del sistema recomendado por *El Español*.

CAPITULO IV

La guerra en el Norte.—Arlaban

Planes carlistas.—Sistema de Córdoba.—Corta y fructífera campaña de Eguía.—Acciones de Orduña y Unzá.—Pérdida de Lequeitio.—Penuria del ejército.—Exposición apologética del general Córdoba.—Su dimisión.—Queda Córdoba al frente del ejército.—Sucesos militares del Norte, de enero á mayo.—Victorioso ataque de las líneas de San Sebastian.—Segunda campaña de Córdoba.—Juicio crítico sobre las operaciones del mes de mayo en la cordillera de Arlaban.

Las perplejidades que al comenzar el año de 1836 preocuparon el ánimo del general en jefe del ejército del Norte, tu-

Rosa, Romo, Izaga, Gonzalez (don J. Gualberto), Marqués de Falces, Diez Gonzalez, Mantilla, Navia Osorio, Conde de Toreno, Menendez Luarca, Orense, Llorente, Villalar, Agreda, Gonzalez Perez, Lopez del Baño, San Clemente, Gonzalez Nieto, Perpiñá, Campillo, Anaya, Latorre, Ciscar y Oriola, Conde de Adanero, Fleyx, Ciscar, Ruiz de Buensa, Marqués de Someruelos, Moscoso de Altamira, Vega y Rio, Garay, Polo y Monge, Del Rey, Joven de Salas, Arango, Camba.

Lista de la minoría

Cano Manuel, Rodriguez Vera, Abarques, Lopez, Osca, Chacon, Somoza, Ciaros, Acuña, Marqués de Montevirgen, Becerra, Calderon de la Barca, Martel, Dominguez, Leon Bendicho, Calderon Collantes, Marin, Llano Chavarri, Torrens y Miralda, García de Atocha, García Carrasco, Ontiveros, Alcalá Galiano, Isturiz, Cuevas, Alcalá Zamora, Lopez de Pedrajas, Conde de las Navas, Sanchez Toscano, Espinosa, Flores, Belmonte, Caballero, Acebedo, Flores Estrada, Argiuelles, Marqués de Villegarcía, Pardo Bazan, Orús, Conde de Huts, Parejo, De Pedro, Cortés, Crespo de Tejada, Ochoa, Fuster, Ruiz de Carrion, Ayarza, Alvarez García, Aguirre Solarte, Cano Manuel y Chacon, Serrano (don Ginés), Carrillo Manrique, Ferrer, Pizarro, Santafé, Torres y Solanot, Aranda,

vieron por objeto las instancias del ayuntamiento y pueblo de San Sebastian, que molestados por el rigor del bloqueo que sufrían de los carlistas, instaban sin cesar, acudiesen fuerzas del ejército á remediar una situación que hacia mas violenta para el vecindario de la capital de Guipúzcoa la circunstancia de que el enemigo tenía á su disposición trincaduras, pudiendo por su medio operar sobre la marina, ventaja de la que creían los leales de San Sebastian hubieran debido exclusivamente disfrutar los cristinos de los pueblos de la costa, toda vez que se hallaban á disposición del gobierno elementos marítimos que no estaban tan al alcance de la facción.

Pero el general Córdoba que debía atender á análogas reclamaciones de todos los puntos de la extensa línea que tenía que cubrir el ejército, conceptuaba que San Sebastian no corría en realidad peligro, si bien su vecindario tenía que sufrir provocaciones, y apreciaba todos los inconvenientes que realmente habria ocasionado una marcha del grueso del ejército con el solo objeto de hacer levantar el bloqueo. Sin embargo y para cubrir su responsabilidad, Córdoba reunió un consejo de guerra cuya deliberación tenía por objeto modificar ó confirmar su propio juicio sobre la marcha á Guipúzcoa. Reunióse en efecto el consejo, y después de una amplia y libérrima deliberación, opinaron por unanimidad los generales y brigadieres que á él concurrieron, no ser conveniente emprender el movimiento acerca de cuya oportunidad eran consultados. Aunque el ministro de la Guerra conde de Almodovar, no pudo asistir al consejo por hallarse indispuerto, se hizo representar por don Miguel de Imaz, oficial de su secretaría, y posteriormente aprobó el acta.

No obstante lo acordado por la junta de generales, no perdía Córdoba de vista los apuros de San Sebastian, y como acabó por disponerlo, hizo cuanto era practicable en favor de la situación de aquella plaza, no obstante lo limitado de los medios de que disponía y las privaciones que en punto á víveres y equipo comenzaba á experimentar el ejército. Era tan pronunciada la impaciencia de la opinión, las exigencias de la prensa y las instancias del gobierno por que el ejército se moviese y emprendiese operaciones, que no pudiendo Córdoba resistir á la presión moral de que era objeto, determinó intentar algo sobre la línea de la cordillera de Arlaban ocupada por el enemigo al extremo norte de la llanura de Alava.

Apenas hubo apuntado el movimiento del ejército de la Reina, Eguía dirigió refuerzos á Mondragon y á Salinas, puntos ocupados por las avanzadas de su ejército. Púsose en marcha el de la Reina formando su derecha la brigada británica y algunos batallones españoles, cuerpos que apoyaron su movimiento hasta emparejar con la altura del pueblo de Guevara. Formaba el centro la legion francesa y las divisiones Rivero y Cleonard, teniendo Arroyabe y Ulibarri, y sido destinado Espartero á formar el ala izquierda. Llegado al frente de las posiciones del enemigo, Córdoba, que habia dispuesto sus fuerzas para el combate, las animó haciendo circular entre sus filas la siguiente orden del día:

«*Compañeros*: Confiado y orgulloso el enemigo sobre la cordillera de Arlaban, parece retar nuestro esfuerzo, olvidando los escarmientos que recibió en tantas otras posiciones más célebres. Yo he recogido el guante y para satisfacer vuestro ardimiento os conduzco al combate, es decir, á la victoria.

»Que todos y cada uno recuerden hoy las mayores obligaciones que hemos contraído con la patria, con el trono y con la reputación de este valiente ejército; ella es nuestra honra y nuestra vida; pero los grandes elogios y premios recibidos, servirán á labrar nuestra afrenta, si brillase, soldados, un solo día aciago en que pudiéramos perder los buenos títulos con que supo conquistarlos vuestro valor y vuestra constancia.

Eros, Villachica, Laborda, Ortiz de Velasco, Kindelan, Mojarrieta, Ayala, San Just.

Se abstuvieron de votar

Montes de Oca, Tosquella, César, Heredia, Vallarino, Alvarez Pestaña, Jalon y Jalon, Cáceres, Crespo Rascon, Marqués de Torremejía, Martí, Boneo, San Simon, Quintana.

»Compañeros, no os pido vuestra confianza; sé hasta donde son grandes en este punto mis obligaciones con el ejército; pero sí que observéis aquel orden perfecto que asegura el triunfo en los combates y honra las armas en todas circunstancias.

»Valientes y generosos extranjeros que venís á pelear por los progresos de la civilización; vamos poseídos de una generosa rivalidad, á ver á qué nacionalidad adjudica hoy la fortuna sus favores, la victoria su mejor corona.

»Mi corazón la desea y la disputa para los soldados de mi patria, es verdad; pero mi equidad la adjudicará á los que más lisonjados por la suerte, tengan mejor ocasión de merecerla. El lazo que ha unido nuestros esfuerzos é intereses, iguala los derechos de todos los que combaten por la causa de la libertad.

»Soldados españoles, vamos á conducirnos como los primeros veteranos que tuvo ella en Europa.

»En mi cuartel general de Vitoria á 16 de enero de 1836.—El general, Córdoba.»

El plan de ataque tuvo por objetivo el frente de la línea enemiga, al mismo tiempo que procuró Córdoba envolver sus costados, y dirigidos al efecto algunos batallones contra Guevara y la cordillera de Arlaban, la hallaron vigorosamente defendida por Villareal con cuatro tercios alaveses y dos vizcainos, estos últimos al mando de La Torre. La principal altura la defendía Goñi con batallones navarros, castellanos y alguna fuerza de caballería.

No obstante la firmeza con que los carlistas mantenían sus posiciones, los liberales avanzaron hasta Arroyabe. La bazarra del empuje obligó al enemigo á replegarse sobre lo más empinado de la cordillera, pero hizo alto en los caseríos llamados Ventas de Arlaban, en cuya nueva posición esperó á pie firme.

Hacia aquel punto dispuso Córdoba que desplegasen numerosas guerrillas, seguidas por el regimiento de la Princesa á cuyo frente marchaba su coronel don Ramon María Narvaez, quien llevaba además á sus órdenes dos batallones de la legion francesa.

Llegado que hubo á la meseta, punto de partida para el ataque contra las alturas que ocupaba el enemigo y desde las que dirigía un fuego mortífero, hizo Narvaez formar los batallones franceses para que estuviesen resguardados de las balas al abrigo de las Ventas, y dirigiéndose á sus soldados los arengó enérgicamente, estimulándolos á que en presencia de los extranjeros sus aliados, les hiciesen ver que no habia degenerado el valor de los antiguos tercios castellanos; y sirviéndose de frases demasiado soldadescas para ser reproducidas por escrito, púsose á su frente y dando la señal de acometida trepó la cordillera en medio de un diluvio de balas. El regimiento de la Princesa llegó á la altura de la que desalojó á los carlistas, pero su coronel quedó tendido atravesado de un balazo en el cráneo, de resultas de cuya herida estuvo á las puertas de la muerte. El general en jefe, de quien Narvaez habia sido compañero en el regimiento de Guardias Españolas, corrió sabedor del peligro en que su amigo se hallaba, y abrazándolo conmovido exclamó, como para justificar la predilección con que miraba á Narvaez y lo rápidamente que habia contribuido á su carrera:—«No extrañarán ustedes, señores, que quiera tanto á un hombre que nos sirve á todos de modelo.» Y en verdad que no habia lisonja en las palabras de Córdoba juzgando á Narvaez, considerado como soldado, pues en aquellos mismos momentos el general francés Bernelle que habia presenciado el denuedo del coronel de la Princesa, exclamó delante de sus oficiales:—*Il n'y a rien de si beau comme le colonel Narvaez dans un jour de bataille.* (Nada hay tan bello como el coronel Narvaez en un día de batalla.)

Aunque arrojados de la posición ganada por el regimiento de la Princesa, los carlistas reforzados por batallones de refresco, se hicieron fuertes á algunos centenares de metros más arriba. Conociendo entonces Córdoba lo decisivo del momento, hizo avanzar á los franceses y á la brigada Rivero; tropas que con valor superior á todo elogio arrollaron al enemigo y acabaron de apoderarse de las alturas. En aquel notable hecho de armas ganó merecido renombre de valentía, el que, brigadiero aquel día, conquistó la faja que debía llevar, el general don Felipe Rivero.

No fué menos distinguido el comportamiento de la legion francesa que operaba sobre la izquierda. El centro dirigido por Córdoba en persona, no pudo sacar todas las ventajas que se prometía este jefe, por no haber llegado á tiempo los cuerpos que debieron concurrir al movimiento. La oscuridad de la noche que no tardó en sobrevenir detuvo las operaciones, y el ejército, conservando el terreno que habia conquistado, vivaqueó sobre el campo de batalla, no obstante la inclemencia del tiempo, habiendo sido la noche muy fría, de mucha agua y á pesar de hallarse el ejército muy mal preparado para dormir al raso, vestidos como todavía lo estaban los soldados con prendas de verano.

De Vitoria á Salvatierra la legion inglesa vióse cargada por fuerzas superiores, pero supo hacer denodado frente al enemigo, distinguiéndose en aquella jornada el brigadier Chinchester, el coronel Churchill y los granaderos de Westminster.

A la madrugada del siguiente día Villareal, que habia frente á los ingleses, marchó precipitadamente á reforzar á Eguía que ocupaba á Salinas; dióle este el parabien por lo oportunamente que acudía, añadiendo que lo encontraba en el momento mismo en que iba á escribir su dimisión y á enviársela á don Carlos. «¿Y por qué piensa V. en eso, mi general? le dijo Villareal.—Porque esta guerra, amigo, contestó el veterano, es para muchachos.»

Entrado que fué el día se renovó la batalla de la víspera. Espartero, que se habia incorporado al grueso del ejército, ocupaba el centro de la línea; pero una espesa niebla dificultaba las operaciones, de cuyas resultas no pudo formalizarse el ataque hasta las doce del día.

Una fuerte columna carlista amenaza envolver á los franceses que se defienden bizarramente, pero reforzada aquella por Sopelana, tienen los legionarios que retroceder á las Ventas. A la derecha carlista la contiene con éxito, y sin permitir que adelante, la proverbial bravura del general Espartero.

Las dos jornadas de Arlaban hacen honor á las armas españolas fratricidamente empeñadas en verter en ellas copiosamente la generosa sangre de los combatientes de ambos campos. Ganó Córdoba aquellos días el concepto de entendido general, sin que esto quiera decir que las operaciones realizadas hicieran adelantar cosa alguna al estado de la guerra, pues ambos ejércitos conservaron el mismo terreno que ocupaban antes de venir á las manos, sin haber llegado á otro resultado que al de la ostentación del valor desplegado por los jefes y soldados de los dos ejércitos. Eguía esperó á pie firme á Córdoba, el que si bien conquistó el campo de batalla no logró su permanente ocupación, ni aunque se hubiese adelantado tomando territorios dominados por el enemigo, hubiera podido conservarlos atendidas las condiciones en que los beligerantes se hallaban.

No podía, en efecto, el general Córdoba hacerse ilusiones sobre la insuficiencia de los medios con que operaba y la poca confianza que debía animar al jefe encargado de la defensa de una causa, cuyos sostenedores en el territorio sobre el que se extendía la autoridad del gobierno, ardían en divisiones y se hacían cruda guerra unos contra otros.

Veíase, sin embargo, Córdoba en la dura alternativa de tener que operar á despecho de las condiciones más desventajosas, obligado á ello por no dar mayor pábulo á las recriminaciones que un deplorable extravío de la opinión pública dirigía al ejército por su inacción; ingrata coyuntura de la que solo hubiera podido escapar anticipándose á dar la dimisión que se vió obligado á presentar más tarde.

Seguros los carlistas de no poder ser atacados en su propio territorio, pensaron seriamente en expediciones á las provincias interiores, y no pudo en su consecuencia prescindir Córdoba de aprestar divisiones del ejército destinadas á perseguir á las columnas enemigas que intentasen abrirse paso en dirección de Asturias, de Galicia ó de Aragón. Para contrarrestar la que tratase de penetrar al Noroeste de la Península fué designado el general Espartero, y en seguimiento de la que tratase de invadir á Aragón nombróse al general Tello. Las legiones extranjeras quedaban á la custodia de la llanura de Alava, ínterin el general en jefe se preocupaba de la fortificación de Peñacerrada y de la ocupación del condado de Treviño, de